

Estamos en el 3 de septiembre de 2026. Aún resuena el bullicio del 31, el crepitar de los dos mil cirios, el canto de las ocho misas; aún están ufanas las hermosas flores del presbiterio.

Pero hoy incide una fecha de más calado. Dos protagonistas, Felipe Aguilar Bermúdez y Moisés Alexander Brandt Rojas, que dan un paso importante en su vida, Felipe viene a iniciarse vistiendo el hábito mercedario; Moisés, habiendo experimentado durante un año de noviciado, hoy quiere ratificarse emitiendo su profesión. Hay regocijo en las campanas de la espadaña, exultación en el canto “*qué detalle, Señor, has tenido conmigo*”; consignas en la cruz que abre la procesión y en el incienso que nos encumbra. Fray Benjamín, el monitor, espabila: *Nos unimos en la doble celebración que nos llena de alegría, esos dos jóvenes, Felipe y Moisés, quieren decir sí a Cristo siguiendo las huellas de san Pedro Nolasco, nuestro Padre y fundador. Los acompañamos para pedir al Señor que les dé generosa fidelidad a su llamada.*

Tras los ritos y oraciones iniciales, escuchamos a Jeremías: *Antes de formarte en el vientre, te escogí.* Cantamos con el salmista: *Siento tu llamada y confío en ti.* Nos estremecemos con San Juan: *Como el Padre me amó, así os he amado yo; permaneced en mi amor.* Y el padre Provincial nos regala una profunda reflexión:

Queridos hermanos y hermanas: hoy es un día muy bonito para nuestra familia mercedaria, porque vemos delante de nosotros dos momentos distintos de un mismo camino. Felipe va a comenzar su noviciado y va a recibir el hábito de la Orden, mientras que Moisés, después de haber recorrido su año de noviciado, va a dar un paso más haciendo su primera profesión religiosa. Uno comienza y el otro continúa, pero los dos, en el fondo, están diciendo lo mismo: «Señor, aquí estoy. Quiero seguir caminando contigo». Precisamente la primera lectura nos ha recordado aquellas palabras de Dios a Jeremías: «Antes de formarte en el vientre te escogí». Cuando Jeremías responde que es joven, que no sabe, que no se siente preparado, Dios no le dice que todo será fácil, sino algo mucho más importante: «No tengas miedo, porque yo estoy contigo». Y quizá esta sea una de las primeras palabras que hoy quisiera deciros a los dos: no tengáis miedo. No tengáis miedo porque no se os pide que hoy tengáis resuelta toda vuestra vida, ni que sepáis perfectamente qué va a pasar dentro de cinco, diez o veinte años. Se os pide algo mucho más sencillo y, al mismo tiempo, mucho más exigente: que os fiéis de Dios hoy.

Felipe, hoy comienzas una etapa. Comenzar el noviciado no significa que hoy tengas que demostrar que ya eres un religioso perfecto. Precisamente comienzas el noviciado porque tienes que aprender: aprender a conocer mejor a Jesucristo, aprender a conocer la Orden, aprender a conocer a san Pedro Nolasco, aprender a amar a María de la Merced, pero también aprender a conocerte a ti mismo, con tus cualidades y también con tus límites, con tus deseos y también con tus dudas, con aquello que ya tienes claro y con aquello que todavía tendrás que descubrir. Dentro de unos momentos vas a recibir el hábito blanco. No lo recibas simplemente como una ropa nueva. El hábito es un signo. Es como si hoy la Orden te dijera: «Felipe, ven. Camina con nosotros. Mira cómo vivimos. Déjate acompañar. Aprende. Discierne. Y sobre todo deja que Dios trabaje dentro de ti». El propio rito te hará pedir que te enseñemos a seguir a Cristo Redentor, a imitar a María y a san Pedro Nolasco, a vivir la oración, la fraternidad y la caridad con quienes sufren. Por eso no tengas prisa. El noviciado no es una carrera que hay que aprobar; es un tiempo para escuchar: escuchar a Dios, escuchar a los hermanos, escuchar al formador y escucharte también a ti mismo con mucha sinceridad. Te pediría especialmente una cosa: sé transparente. No tengas miedo de decir lo que sientes, lo que te cuesta, lo que no entiendes. La formación solamente funciona cuando uno permite que le acompañen de verdad. Y vive mucho la comunidad, porque uno puede tener grandes ideas sobre la vida religiosa, pero la vida religiosa se aprende cuando hay que sentarse a la mesa con los hermanos, cuando hay que servir, cuando hay que perdonar, cuando toca aguantar alguna manía del otro y cuando también uno descubre que los demás tienen que aguantar las propias. Ahí empieza la verdadera fraternidad.

Y tú, Moisés, estás hoy en otro momento. Hace un año estabas donde hoy está Felipe y ahora puedes mirar hacia atrás. Ha habido momentos bonitos y ha habido también dificultades. Has visto partir a compañeros con los que comenzaste. Has experimentado la convivencia, la formación, la oración, los roces normales de una comunidad y también la alegría de encontrar hermanos que han terminado siendo importantes para ti. Y has llegado hasta aquí, no porque todo haya sido perfecto, sino porque, en medio de todo, has ido descubriendo que Dios sigue llamándote. Me ha gustado mucho algo que has repetido varias veces estos días: «Me siento tranquilo. Me siento en paz». Cuida esa paz, porque la verdadera vocación no significa que desaparezcan los problemas; significa descubrir que, incluso en medio de ellos, uno puede decir: «Señor, quiero seguir contigo». Hoy vas a pronunciar unas palabras enormes. Vas a prometer vivir castidad, pobreza, obediencia y nuestro cuarto voto mercedario. El ritual recuerda que esta profesión te incorpora libremente a la familia mercedaria para vivir la fraternidad y la misión redentora siguiendo el ejemplo de san Pedro Nolasco. Pero no pienses los votos como cuatro cargas que hoy te colocas encima. Míralos como cuatro maneras concretas de decirle a Dios: «Quiero pertenecerte». La pobreza será aprender a decir: «No todo es mío. Lo que soy y lo que tengo lo comparto». La castidad será aprender cada día a amar con un corazón libre, sin apropiarte de nadie y sin permitir que nadie ocupe el lugar que corresponde a Dios. La obediencia será aprender algo que tú mismo has ido comprendiendo durante este año: que muchas veces Dios cambia nuestros planes. Tú tenías tus proyectos, también pensabas en volver a tu tierra, y de repente los planes cambiaron. Y has tenido que hacer ese pequeño ejercicio interior: «Esto no era lo que yo había pensado... pero quizá Dios también me esté hablando aquí». Eso es obediencia. No es dejar de pensar ni convertirse en una persona sin voluntad. Es aprender a preguntar: «Señor, ¿qué quieres Tú de mí?».

Y después está nuestro cuarto voto, ese voto que nos recuerda que un mercedario no vive solamente para sí mismo. Vivimos para aquellos cuya libertad, dignidad, fe o esperanza están amenazadas. Y tú has contado muchas veces por qué el mundo de la cárcel toca algo profundo de tu historia. Por eso quizá puedas entender de una manera especialmente personal aquellas palabras del salmo que hoy hemos escuchado: «Los arrancó de la tribulación... quebró los cerrojos de hierro». La Merced existe precisamente para eso: para romper cadenas. A veces cadenas visibles; otras veces, cadenas interiores: la soledad, la droga, la pobreza, la desesperanza, la falta de fe, la pérdida de la dignidad. Pero recuerda siempre, Moisés: para ayudar a liberar a otros tendrás que permitir primero que Cristo vaya liberando también todo aquello que todavía necesita ser liberado dentro de ti. Por eso continúa dejándote acompañar. Continúa trabajando tu historia. Continúa creciendo humana, afectiva y espiritualmente. No tengas miedo de aquello que todavía debes trabajar. Todos llegamos a la vida religiosa con una historia y todos necesitamos que Dios vaya ordenando nuestro corazón. La formación no termina hoy. Hoy comienza una nueva etapa de formación.

Y a los dos quisiera dejaros una palabra del Evangelio que acabamos de escuchar. Jesús no dice: «Sed perfectos». Dice: «Permaneced en mi amor». Ahí está todo. Felipe: durante tu noviciado, permanece en su amor. Moisés: durante este primer año de profesión, permanece en su amor. Cuando las cosas vayan bien, permaneced. Cuando tengáis dudas, permaneced. Cuando la comunidad os resulte maravillosa, permaneced. Y cuando algún hermano os ponga a prueba la paciencia, permaneced también. Cuando sintáis entusiasmo, permaneced. Y cuando alguna mañana os levantéis sin entusiasmo, permaneced. Porque la fidelidad no consiste en sentir siempre lo mismo. La fidelidad consiste en seguir estando. Jesús dice también: «No sois vosotros los que me habéis elegido; soy yo quien os he elegido». Esto es importante. Hoy no celebramos simplemente que Felipe ha decidido ser mercedario o que Moisés ha decidido profesar. Celebramos algo anterior: Dios se ha fijado en ellos. Dios los ha llamado. Después ellos tendrán que responder, y responderán cada día. Porque el «sí» de hoy es importante, pero después vendrá el «sí» de mañana, y el del día siguiente, y el de muchos días en los que ese sí será fácil y otros en los que costará un poco más.

Y finalmente, Felipe y Moisés, no perdáis nunca la alegría. No la alegría superficial, no esa alegría de que todo salga como nosotros queremos, sino la alegría de saber: «Estoy donde Dios me quiere y estoy intentando responderle». Dentro de unos momentos, Felipe, la Virgen de la

Merced te cubrirá simbólicamente con su hábito. Y tú, Moisés, pondrás tu profesión sobre el altar y te comprometerás a vivir este camino durante este primer año. El rito pide precisamente que el Señor fortalezca el propósito de los nuevos religiosos y que recorran el camino elegido «en el gozo de Cristo, llevando con alegría las cargas de los hermanos». Que María de la Merced os enseñe a estar disponibles. Que san Pedro Nolasco os enseñe a mirar a los cautivos de nuestro tiempo. Que san Ramón Nonato, desde este santuario que hoy os acoge, acompañe vuestro camino. Y que cuando alguna vez aparezcan las dudas, las dificultades o el cansancio, podáis volver a aquella sencilla respuesta que hoy pronunciará Moisés: «Aquí estoy, Señor: tú me has llamado». Felipe, ánimo en este camino que hoy comienzas. Moisés, ánimo en este paso que hoy das. Caminad con sencillez. Dejaos acompañar. Amad mucho a los hermanos. Y, sobre todo: permaneced siempre en el amor de Cristo. Amén.

Y entramos en la primera manifestación de generosidad, Felipe quiere revestirse del hombre nuevo. Por eso dice fray Benjamín: *El postulante que va a comenzar el noviciado pedirá al padre Provincial poder experimentar este tiempo de gracia y seguidamente le impondrá el hábito de santa Maria de la Merced.*

Y efectivamente Felipe declara: *Impulsado por la misericordia de Dios, quiero experimentar vuestra vida religiosa.* El padre Vicente le responde: *El Señor te ayude con su gracias; y ora: Oh Dios, de quien procede toda vocación santa, escucha las súplicas de tu hijo; que nuestra vida de comunidad sea para él expresión sincera del amor fraterno.* El padre Manolo le viste la túnica y seguidamente el padre Provincial le impone el escapulario: *Que la Virgen, nuestra Madre, te ayude con su maternal protección y san Pedro Nolasco sea tu modelo y guía.* Y todos nos acordamos en un rotundo *Amén.* El padre Provincial confía al padre Luis el acompañamiento de fray Felipe, cuya aceptación se manifiesta con el abrazo.

Viene el plato fuerte. El padre Luis llama: *Acérquese el que va profesar.* Fray Moisés da un paso: *Aquí estoy, Señor, tú me has llamado.* El Superior mayor inquiere. Y el hasta hoy novicio no duda: *Deseo vivir la vida religiosa, según el espíritu y carisma de vuestra Orden.* Como no es para menos decimos todos: *Damos gracias a Dios, dador de todo bien.* Y para que no quede duda fray Moisés responde con los tres *Sí, quiero; abrazar la pobre, guardar la castidad, ofrecer el don de la obediencia, entregar mi vida a imitación de Cristo redentor para socorrer a los cautivos y afligidos.* El Presidente ratifica: *Que el Padre Misericordia te conceda su gracia.*

Fray Benjamín *nos* pone en vilo: *Vamos a vivir el momento central del rito.* Y fray Moisés expresa sin titubear: *Yo prometo observar castidad, pobreza, obediencia y el cuarto voto según la Regla de san Agustín y las Constituciones de la Orden.* Y firma, testigos rubricantes los padres Provincial, Superior y Maestro. Y el padre Provincial le confirma en el hábito de profeso, le entrega la Regla y de las Constituciones. Signo y compromiso el regocijante abrazo abrazos de todos los hermanos cantando *Amaos como yo os he amado... como familia Mercedaria.*

La mejor respuesta a la gratuidad es la celebración del sacramento de La Acción de Gracia. Lo iniciamos con las preces, que enuncia fray Benjamín: Por la Iglesia, el Papa, los que siguen los Consejos evangélicos, nuestros hermanos que hoy se abren a Dios, las vocaciones. Son traídas las ofrendas de pan, espigas y vino, unidos en el canto *Madre de las Mercedes, nuestra patrona, nuestra Reina...* El himno del Prefación resulta sublime en este trance, y nos embarga en el Santo, Santo, Santo. Nos sumergimos en el gran Misterio, concelebrado, compartido, comido. Es la fuerza de nuestra pequeñez, por eso cantamos *Cuando falta la alegría, la esperanza.* En la despedida habla fray Moisés:

Queridos hermanos y hermanas: Con el corazón profundamente agradecido, hoy me dirijo a ustedes en este día tan significativo para mi vida: mi primera profesión religiosa en la Orden de la Merced. Las palabras del salmista expresan lo que siento en lo más hondo de mi corazón: « ¿Cómo pagaré al Señor todo el bien que me ha hecho?» Salmo: 116 No encuentro una respuesta suficiente ante tanto amor recibido. Dios ha sido bueno conmigo desde siempre, pero de una manera muy especial durante este tiempo de noviciado. Ha sido una etapa de gracia, de aprendizaje, de búsqueda y de encuentro; un camino en el que el Señor me ha ido enseñando, con paciencia y ternura, a conocerme más, confiar en Él y a descubrir cada día con mayor claridad la belleza de seguirlo.

En esta etapa noviciado he podido experimentar que la vocación no es, ante todo, una elección personal ni una meta alcanzada, sino una respuesta humilde a una llamada de amor. El Señor me ha llamado por mi nombre, con mi historia, mis dones, mis fragilidades, mis dudas y mis esperanzas. Y, aun reconociendo mis limitaciones, hoy deseo decirle nuevamente: aquí estoy, Señor; quiero caminar contigo y entregar mi vida al servicio de tu Reino en la Orden de la Merced.

Doy gracias a Dios por cada momento vivido en esta etapa: por los espacios de oración y silencio, por la Eucaristía, por la Palabra que ha iluminado mis pasos, por las alegrías compartidas y también por las dificultades, que me han ayudado a crecer, madurar y abandonarme con mayor confianza en las manos del Señor. Agradezco de corazón al Padre Provincial que preside esta Eucaristía, también al seminario donde recibí mi formación inicial donde fui descubriendo, poco a poco, la voz del Señor en mi vida. Gracias a quien fue mi formador, por su cercanía, exigencia, paciencia y testimonio; por ayudarme a crecer humana, espiritual y vocacionalmente. Cada consejo, cada corrección fraterna y cada gesto de confianza han sido parte importante de este camino que hoy continúo con alegría.

Mi gratitud se dirige también de manera especial a mi actual comunidad del noviciado, a la comunidad formativa de los Padres, a mi maestro de novicio. Gracias por recibirme, acompañarme y ayudarme a vivir esta etapa con espíritu de familia. En la convivencia diaria, en la oración compartida, en el servicio, en las alegrías y también en las dificultades, he podido experimentar que Dios se hace presente en la fraternidad. Quiero agradecer de corazón a mis compañeros de camino del noviciado, especialmente a mis hermanos de Guatemala y Colombia. A pesar de venir de países y culturas diferentes, hemos podido construir una verdadera segunda familia. Gracias por cada conversación, cada momento compartido, cada risa, cada oración y cada gesto de apoyo.

Mi gratitud se dirige de manera especial a mi querida Venezuela, y particularmente a la Isla de Margarita, tierra bendita donde nací y donde comenzó a germinar la semilla de mi vocación. Desde esa hermosa isla llevo conmigo la fe, la esperanza y la fortaleza de mi gente. Gracias a toda mi familia, de manera especial a mi abuela quien me enseñó a ir a la iglesia y a buscar de Dios desde muy niño. A todas las personas que, aun desde la distancia, me acompañan con su cariño y sus oraciones. Margarita y Venezuela permanecen siempre en mi corazón, como parte esencial de la historia que Dios ha ido escribiendo en mi vida.

Hoy, al realizar mi primera profesión religiosa en la familia Mercedaria, no pretendo pagar al Señor todo el bien que me ha hecho, porque su amor es inmenso e inagotable. Solo deseo responder ofreciendo mi vida, con sencillez y alegría, para que sea de Él y para los demás. Quiero seguir aprendiendo a amar, a servir, a vivir la fraternidad y a anunciar con mi vida que Dios sigue llamando y que vale la pena confiar en Él. Que María Santísima, Madre de la Merced, me acompañe y me enseñe a decir cada día un “sí” generoso, fiel y disponible. Y que el Señor, que ha comenzado esta obra buena en mí, la lleve a término según su voluntad. Muchas gracias a todos por acompañarme en este día tan especial.

El padre Francisco, como anfitrión, da las gracias e invita a un picapica y comunicación en el claustro. Concluimos con el Bendición solemne y el canto Madre nuestra de Mercedes, fundadora celestial..

Hemos asistido alrededor de setenta personas, entre ellas religiosas Josefinas de la Caridad de Vich, Franciscanas Misioneras de la Caridad y de la Pureza de María. En el presbiterio hemos estado, de Curia Provincial: Provincial fray Vicente Zamora, fray Domingo Lorenzo, fray José Juan Galve, fray Juan Carlos Fortón, fray Rodolfo Leonel Lemus. Comunidad Valle de Hebrón: fray Francisco Bernardo, fray Fragildo Titos Parruque. Comunidad de Castellón: fray Joaquín Pina. Comunidad de Lleida: fray Carmelo Portugal, fray Dinis Adriano Mario. Monasterio de El Puig: fray Manuel Anglés, fray José Manuel Jordan. Monasterio de El Olivar: fray Fernando Ruiz, fray José Antonio Lacasa, fray José Celestino Joaquín Chilini. Comunidad de San Ramón: P. Francisco Marín, fray Luis Mejía, fray Joaquín Millán, fray Diego Pepio; novicios fray Moisés Brandt, fray Juan David Palacio, fray Benjamín Tubac, fray Marvin Monzón. Mosén Abel Trulls, de Cervera.

En la mesa nos hemos sentado cincuenta y dos religiosos, religiosas y laicos. Luego cada uno se ha ido a su comunidad o a su casa.

Fr. Joaquín Millán, O. de M.